

Leslie Marmon Silko *Narradora**

Narradora (“Storyteller”)

Cada día el sol aparecía un poco más bajo en el horizonte, moviéndose lentamente hasta que un día se sintió agitada y comenzó a llamar al carcelero. Se dio cuenta de que había estado sentada muchas horas; sin embargo, el sol no se había movido del centro del cielo. Últimamente el cielo no había tenido buen color; había estado de un azul pálido, casi blanco, incluso cuando no había nubes. Se dijo a sí misma que no era buen signo que el cielo no se distinguiera del hielo del río, congelado sólido y blanco contra la tierra. La tundra se elevaba detrás del río, pero todos los límites entre el río y las colinas y el cielo se perdían en la densidad del hielo pálido.

Gritó de nuevo, esta vez algunas palabras en inglés que se le metieron al azar en la boca, probablemente maldiciones que les había escuchado a los perforadores de petróleo el invierno anterior. El carcelero era esquimal, pero no le hablaba a ella en yupik. Había observado que cuando la gente de las otras celdas le hablaban en yupik, él las ignoraba hasta que hablaban en inglés.

Se acercó y la miró. Ella no supo si él entendía lo que le estaba diciendo hasta que miró detrás de ella a la pequeña ventana alta. Miró el sol, se volvió y se alejó. Pudo oír tintinear las hebillas de sus pesadas botas de nieve al irse caminando hacia la parte delantera del edificio.

Era como los otros edificios que trajeron con ellos la gente blanca, los *gussucks*; edificios de la Oficina de Asuntos Indígenas y de la escuela, edificios portátiles que llegaban partidos al medio, en barcas por el río. Los cuadrados paneles de metal sobresalían con las capas de material aislante que tenían dentro. Había preguntado una vez qué era y alguien le dijo que era para mantener el frío afuera. Ella no se había reído entonces, pero lo hizo ahora. Fue hasta la pequeña ventana de vidrio doble y se rio a carcajadas. Pensaban que podían mantener el frío afuera con ese relleno amarillo fibroso. Miren el sol. No se movía: estaba congelado, atrapado en medio del cielo. Miren el cielo, sólido como el río con hielo que había atrapado al sol. No se había movido por largo tiempo; en unas pocas horas más estaría débil, y la escarcha pesada comenzaría a aparecer por los bordes y se extendería a través de la cara del sol como una máscara. Su luz era amarilla pálida, adelgazada por el invierno.

Podía ver la gente pasar por los caminos tapados de nieve, saliéndoles el vapor del aliento de las capuchas de sus parkas, las caras ocultas y protegidas por gorgueras gruesas de piel. No había autos ni vehículos para nieve ese día; el frío había silenciado las máquinas. El metal se congelaba; se partía y resquebrajaba. El petróleo se endurecía y las partes móviles se atascaban sólidamente. Había visto eso sucederle el invierno anterior a las grandes máquinas amarillas y a las perforadoras gigantes cuando llegaron para perforar pozos de prueba. El frío las detuvo, y se quedaron indefensas.

Su aldea estaba a muchas millas río arriba de este pueblo, pero en su mente podía verla claramente. Su casa no estaba cerca de las casas de la aldea. Se encontraba sola en la rivera río arriba de la aldea. La nieve se había deslizado hasta los aleros del techo del lado norte, pero del lado oeste, junto a la puerta, el sendero estaba casi limpio. El verano anterior había clavado jirones de hojalata roja sobre los troncos. Lo había hecho por el color rojo brillante, no por agregar calor de la manera en que la gente de la aldea lo había hecho. Este invierno final se había estado acercando ya desde entonces; había habido signos de su acercamiento por muchos años.

* Selección y traducción de Gabriel Matelo para uso interno de la cátedra.

Fue porque sentía curiosidad acerca de las grandes escuelas a donde el Gobierno enviaba a las otras chicas y chicos. No había jugado mucho con los chicos de la aldea mientras crecía porque le tenían miedo al viejo y huían cuando llegaba su abuela. Fue porque estaba cansada de estar sola con la vieja cuyo cuerpo se había estado agarrotando desde cuando la chica tenía memoria. Sus rodillas y nudillos estaban grotescamente hinchados y el dolor le había apretado la piel morena de la cara tirante contra los huesos: le dejó los ojos duros como las piedras del río. Una vez la chica preguntó qué era lo que le hacía eso a su cuerpo, la vieja se había levantado de coser botas de piel de foca, y la miró fijo.

“Las articulaciones,” dijo la vieja en voz baja, murmurando como el viento a través del techo, “tengo las articulaciones hinchadas de rabia.”

A veces no contestaba y sólo la miraba fijo. Cada año hablaba menos, pero el viejo charlaba más—a veces toda la noche, sin dirigirse a nadie más que a sí mismo; con voz suave y deliberada, contaba historias, moviendo sus lisas manos marrones encima de las mantas. No había pescado ni cazado con los otros hombres por muchos años, aunque no estaba tullido ni enfermo. Se quedaba en la cama, oliendo a pescado seco y orina, contando historias todo el invierno; y cuando llegaba el tiempo cálido se ubicaba en su lugar a la orilla del río. Se sentaba con una larga vara de sauce, removiendo el musgo ardiendo sin llama que había preparado en contra de los insectos mientras continuaba con sus historias.

El problema era que ella no había reconocido las advertencias a tiempo. No vio lo que la escuela *gussuck* le haría hasta que entró caminando al dormitorio y se dio cuenta de que el viejo no había mentido acerca de ese lugar. Pensó que estaba tratando de asustarla como solía hacerlo cuando era pequeña y su abuela estaba afuera cortando pescado. No le había creído lo que dijo sobre la escuela porque sabía que quería retenerla en la casa de troncos. Ya sabía lo que él quería.

La matrona del dormitorio le bajó los pantalones y la azotó con un cinturón de cuero porque se rehusaba a hablar inglés.

“Esos aldeanos atrasados,” decía la matrona, porque era una esquimal que había trabajado para la Oficina de Asuntos Indígenas por mucho tiempo, “dejaron que ésta se hiciera demasiado grande para aprender”. Las otras chicas murmuraban en inglés. Sabían cómo funcionaban las duchas, y se lavaban y ataban el pelo de noche. Comían comida *gussuck*. Ella se quedaba en la cama y se imaginaba qué podría estar cosiendo su abuela, y qué estaría comiendo el viejo en su cama. Cuando llegó el verano, la enviaron a casa.

La manera en que la abuela la había abrazado cuando se fue a la escuela había sido una advertencia también, porque la vieja no la había abrazado o tocado en muchos años. No como el viejo, cuyas manos estaban siempre cazando, como cuervos dando vueltas perezosamente en el cielo, listas para tocarla. Cuando el cura y el viejo se reunieron con ella en la pista de aterrizaje para decirle que la anciana había muerto, no se sorprendió. El cura le preguntó dónde quería ir a vivir. Se refirió al viejo como a su abuelo, pero ella no se molestó en corregirlo. Ya había estado pensando en eso; si se iba con el cura, la enviaría lejos a la escuela. Pero el viejo era diferente. Sabía que no la enviaría de nuevo a la escuela. Sabía que quería que se quedara con él.

Una vez le dijo que ella se volvería demasiado vieja para él más rápido de lo que él se volvería para ella; pero de nuevo no le había creído porque a veces mentía. Le había mentido sobre qué le haría si se acercaba a su cama. Pero en tanto pasaron los años, se dio cuenta de que lo que decía era

Literatura Norteamericana

verdad. Se volvió inquieta y fuerte. No tenía paciencia por el viejo que nunca había cambiado sus movimientos lentos y suaves bajo las mantas.

El viejo se la pasaba en la cama todo el invierno; no la dejaba más que para usar el orinal en el rincón. Dormitaba con la boca un poco abierta; los labios temblaban y a veces se movían como si estuviera contando una historia incluso mientras soñaba. Ella se puso las botas de piel de foca, los mukluks forrados de franela rojo brillante que su abuela le había cosido, y ató los pompones de tejido rojo trenzado alrededor de sus tobillos sobre los pantalones grises de lana. Se subió el cierre relámpago de la parka de piel de lobo. Su abuela la había usado por muchos años, pero el viejo dijo que antes de morir, le había dejado instrucciones de enterrarla con un pulóver negro viejo, y que le diera la parka a la niña. La piel de lobo era color crema y plata, casi blanca en algunas partes, y cuando la anciana caminaba por la tundra en invierno, se volvía invisible en la nieve.

Se dirigió caminando a la aldea, haciendo su propio sendero a través de la nieve profunda. Una trailla de perros de trineo atados fuera de la casa al borde de la aldea tironeaba de sus cadenas a los saltos para ladrarle. Siguió caminando, mirando el cielo atardecido en busca de las primeras estrellas de la noche. Estaba cálido y los perros estaban alertas. Cuando hiciera frío de nuevo, se acurrucarían quietitos, demasiado adormilados por el frío para ladrar o tirar de las cadenas. Se rio en voz alta porque eso los hacía aullar y gruñir. Una vez el viejo la había visto azuzar a los perros y sacudió la cabeza; “Así que ese es el tipo de mujer que eres”, dijo, “en invierno nosotros dos no somos diferentes que esos perros. Esperamos en el frío a que alguien nos traiga un poco de pescado seco.”

Se rio en voz alta de nuevo y siguió caminando. Pensaba acerca de los perforadores *gussuck*. Eran extraños; la miraban cuando ella pasaba caminando cerca de sus máquinas. Se preguntó cómo se verían debajo de sus pantalones forrados de plumón de pato; quería saber cómo se moverían. Serían diferentes al viejo.

El viejo le dio un grito. Ella sacudió los hombros con tanta violencia que se golpeó la cabeza contra la pared de troncos. “¡Lo olí!”, chilló él, “¡tan pronto como entraste! Estoy seguro ahora. ¡No me puedes engañar!” Las piernas flacas le temblaban debajo de los pantalones anchos de lana; descalzo, se tropezó con las botas. Las uñas de sus pies eran largas y amarillas como garras de pájaros; ella había visto una grulla gris el verano pasado peleándose con otra en las aguas bajas de la orilla del río. Se rio en voz alta y le sacó el hombro por el que él la tenía agarrada. Se paró frente a ella. Respiraba fuerte y temblaba; se lo veía débil. Probablemente se moriría el próximo invierno.

“Te advierto”, dijo, “te advierto.” Luego se arrastró a su camastro y metió la mano debajo de su vieja almohada sucia en busca de un trozo de pescado seco. Se recostó en la almohada, mirando al techo y masticando las tiras secas de salmón. “No sé lo que te dijo la vieja, pero va a haber problemas.” Miró a ver si lo estaba escuchando. Su rostro de repente se relajó en una sonrisa, sus oscuros ojos rasgados se perdieron en las arrugas de la piel morena. “Podría decírtelo, pero ya estás más allá de las advertencias. Puedo oler lo que hiciste toda la noche con los *gussucks*.”

Ella no comprendía por qué vinieron a allí; la aldea era tan pequeña y estaba tan río arriba que incluso los esquimales que se habían ido a la escuela no querían volver. Se quedaban río abajo en el pueblo. Decían que la aldea era demasiado tranquila. Estaban acostumbrados al pueblo donde estaba la escuela, con luz eléctrica y agua corriente. Luego de todos estos años lejos en la escuela, se habían olvidado cómo tirar las redes en el río y cuándo cazar focas en otoño. Cuando le preguntó al viejo por qué los *gussucks* se molestaban en venir a la aldea, sus angostos ojos brillaron de agitación.

“Sólo vienen cuando hay algo que robar. Ahora es resulta demasiado difícil conseguir animales de piel, y las focas y los peces se han vuelto difíciles de encontrar. Ahora vienen por el

Literatura Norteamericana

petróleo en lo profundo de la tierra. Pero esta es su última vez.” Su resuello era rápido; sus manos gesticulaban al cielo. “Se acerca. A medida que se acerque, el hielo empujará el cielo.” Sus ojos estaban totalmente abiertos y miró fijo las vigas bajas del techo durante horas sin pestañar. Ella recordaba todo esto nítidamente porque él comenzó la historia ese día, la historia que contaría desde entonces. Comenzaba con un oso gigante que él describía músculo por músculo, desde la curva de los colmillos de marfil hasta los remolinos de pelo en la cima de la mollera maciza. Y durante ocho días no durmió, sino que se la pasó contando continuamente sobre el oso gigante cuyo color era el azul pálido del hielo glaciar.

En el sendero junto a la puerta la nieve estaba sucia y gastada. A cada lado del sendero, llegaba por encima de su cabeza. Frente a la puerta había manchas amarillas irregulares derretidas en la nieve en donde los hombres habían orinado: ella se detuvo en la entrada y se sacudió la nieve de las botas. El salón estaba a oscuras; una linterna de kerosén junto a la caja registradora ardía bajo. Los largos estantes de madera estaban repletos de latas de porotos y carne en conserva. En el estante inferior un frasco de mayonesa estaba roto y goteaba unos coágulos blancos aceitosos sobre el piso. No había nadie en el salón excepto el perro amarillento durmiendo delante de la gran vidriera del mostrador. Por el reflejo parecía estar encima de los cuchillos y las municiones dentro del mostrador. Los *gussucks* dejaban a los perros dentro de sus casas; no parecía importarles el olor que despedían los perros. “Dicen que somos sucios por la comida que comemos—pescado crudo y carne fermentada; pero nosotros no vivimos con perros,” dijo una vez el viejo. Ella oyó voces en la sala trasera y el sonido de las botellas contras las mesas puestas con fuerza.

Siempre se sintieron confiados. El primer año esperaron a que se rompiera el hielo en el río y luego trajeron sus grandes máquinas amarillas río arriba en barcas. Planeaban perforar pozos de prueba durante el verano para evitar el congelamiento. Pero los rastros y las tumbas de sus máquinas todavía estaban allí, al borde de la tundra sobre el río, en donde el barro estival se las había tragado apenas antes de que dejaran de ver el río. La gente de la aldea se había juntado a mirar a los hombres blancos y a reírse mientras ellos sacaban las máquinas gigantes, una a una, fuera de la rampa de acero hacia las zonas pantanosas; como si la cantidad misma de vehículos de alguna manera fuera a volver sólida la tundra. Pero el viejo dijo que se comportaban como desesperados y que volverían. Cuando la tundra congelada se solidificó, regresaron.

Las mujeres de la aldea ni siquiera se asomaban a la sala de atrás. El cura les había advertido. El almacenero la estaba mirando porque no permitía que los esquimales y los otros indios se sentaran a las mesas de la sala de atrás. Pero ella sabía que no podrían echarla si uno de los clientes *gussucks* la invitaba a sentarse con él. Cruzó la sala. La miraron fijo, pero ella tenía la sensación de que caminaba en lugar de alguien más, no ella misma, de modo que no importaba que la miraran. El pelirrojo tiró de una silla y la movió para que ella se sentara. Ella miró al almacenero mientras el pelirrojo le servía un vaso de vino tinto dulce. Quería reírse del almacenero de la manera en que se reía de los perros, que estiraban las cadenas y le aullaban.

El pelirrojo siguió hablando con los otros *gussucks* alrededor de la mesa, pero deslizó una mano debajo hacia su muslo. Ella miró al almacenero a ver si aún la observaba. Se rio en voz alta de él y el pelirrojo dejó de conversar y se volvió hacia ella. Le preguntó si quería que se fueran. Ella asintió y se levantó.

Alguien en la aldea había estado contándole cosas acerca de ella, dijo él mientras caminaban hacia su tráiler. Eso es lo que entendió de lo que le dijo, pero el resto no lo oyó. El quejido de los grandes generadores en el campamento se chupó el sonido de sus palabras. Pero el inglés ya no le interesaba ni tampoco nada que los cristianos en la aldea pudieran decirle acerca de ella misma o el viejo. Sonrió ante el efecto del aire bajo cero sobre las luces eléctricas alrededor de los tráileres; no brillaban. Dejaban sólo agujeros amarillos chatos en la oscuridad.

Literatura Norteamericana

A él le llevó mucho tiempo prepararse, incluso después de que ella se desvistiera. Esperó en la cama con las mantas encima, mirándolo. Él ajustó el termostato y encendió velas en la habitación, apagando las luces eléctricas. Buscó en una pila de discos hasta encontrar el adecuado. Ella no estaba segura de lo que hizo último de todo: pegó algo en la pared detrás de la cama donde podía verlo mientras estaba encima de ella. Estaba arrugado y blanco de frío: empujó su cuerpo contra el de ella en busca de calor. Le guió las manos a sus muslos; le daba chuchos.

Ella había vuelto una última vez porque quería saber qué era lo que pegaba a la pared encima de la cama. Cada vez que terminaba, se estiraba y lo despegaba, doblándolo con cuidado de modo que ella no lo viera. Pero esta vez estaba preparada; esperó su último jadeo y repentino desplome encima de ella. Se deslizó de debajo y se puso de pie junto a la cama. Miró la foto mientras se vestía. Él no levantó la cabeza de la almohada y mientras dejaba la habitación creyó oírle castañetear los dientes.

Cuando llegó oyó al viejo moverse. Comparado con el tráiler del *gussuck*, la casa de troncos se sentía fresca. Olía a pescado seco y carne curada. La habitación estaba a oscuras excepto por el parpadeo amarillo de la llama en la ventana de mica de la estufa de aceite. Se acurrucó frente a la estufa y miró las llamas por largo tiempo antes de dirigirse a la cama donde su abuela había dormido. La cama cubierta con un montón de harapos y jirones de pieles que la vieja había guardado. Tanteó en el montón hasta que sintió algo frío y sólido envuelto en una manta de lana. Empujó sus dedos alrededor hasta que sintió la piedra lisa. Mucho tiempo atrás, antes de que llegaran los *gussucks*, solían quemar aceite de ballena en la lámpara grande de piedra que daba luz y calor al mismo tiempo. La vieja había guardado todo lo que podrían necesitar cuando llegara el momento.

Por la mañana, el viejo sacó un trozo de carne seca de caribú de debajo de sus mantas y se lo ofreció. Mientras ella no estaba, unos hombres de la aldea habían traído un atado de carne seca. Lo masticó despacio pensando en la manera en que seguían viniendo de la aldea a hacerse cargo del viejo y sus historias. Pero ahora ella tenía una historia, acerca del *gussuck* pelirrojo. El viejo supo en qué estaba pensando y su sonrisa hizo que se le redondease la cara más de lo que era.

“¿Y?”, dijo, “¿qué era?”

“Una mujer montada por un perro.”

Él se rio en voz baja y se fue al barril del agua. Hundió una taza de lata.

“No me sorprende”, dijo.

“Abuela”, dijo ella, “había algo rojo en el pasto esa mañana. Lo recuerdo.” Nunca había preguntado acerca de sus padres. La vieja dejó de abrir las panzas de los pescados que pondría a secarse sobre las rejillas de sauce. Los músculos de su mandíbula tiraron tanto hacia el cráneo que la chica pensó que la vieja no podría hablar.

“Le compraron al almacenero una lata llena de eso. Tarde a la noche. Les dijo que era alcohol del que se puede tomar. Pagaron con un rifle.” La voz de la vieja sonaba como si cada palabra le robara fuerzas. “Ya no servía de nada un rifle. Ese año habían llegado los botes *gussuck* disparándoles a las morsas y las focas con grandes armas. No quedó nada para cazar después de eso. Entonces”, dijo la anciana, en voz tan baja que la chica no le había oído en mucho tiempo, “no les dije nada cuando se fueron esa noche.”

“Justo allá”, dijo, señalando los postes caídos, medio enterrados en el río y el pasto alto, “en el refugio estival. El sol estaba a mitad del cielo esa noche. Temprano a la mañana cuando aún estaba bajo, llegó el policía. Le dije al intérprete que le dijera que el almacenero los había envenenado.”

Literatura Norteamericana

Hacía bosquejos en el aire delante de ella, mostrándoles cómo sus cuerpos yacían torcidos en la arena; contar la historia era como esforzarse por caminar a través de la nieve espesa; el sudor le brillaba en el pelo blanco alrededor de la frente. “Le dije al cura también. Le dije que el almacenero mentía.” Se alejó de la chica. Mantuvo la boca aún más tensa, sólida, no de pena o ira, sino en contra del dolor, que era todo lo que le quedaba. “Nunca les creí”, dijo, “casi nada. No me sorprendió que el cura no hiciera nada.”

Venía viento del río y doblaba el pasto alto sobre sí mismo como olas de río. Pudo sentir el silencio que dejó la historia y quiso que la vieja siguiera.

“Escuché ruidos esa noche, abuela. Sonidos como alguien que canta. Estaba claro afuera. Pude ver algo rojo sobre el piso.” La vieja no le contestó; se acercó a la pileta en el piso llena de pescado junto a la mesa de trabajo. Clavó el cuchillo en la panza de un pescado blanco y lo puso en la mesa. Dijo “el almacenero *gussuck* dejó la aldea después de eso”, mientras arrancaba las entrañas del pescado, “de otra manera, te podría contar más.” La voz de la anciana se fue con el viento que soplaba desde el río; nunca hablaron de eso de nuevo.

Cuando los sauces se llenaron de hojas y creció el pasto alto a orillas del río y alrededor de los pantanos, salió a caminar temprano a la mañana. Mientras el sol estaba aún bajo sobre el horizonte, escuchaba el viento que venía del río; su sonido era como la voz ese día de hace tanto tiempo. A la distancia, podía oír los motores de la maquinaria que los perforadores habían dejado el invierno anterior, pero no se acercó a la aldea o al almacén. El sol nunca dejó el cielo y el verano se volvió el mismo largo día. Sólo los vientos apantallaban el sol para hacerlo brillar o dejarlo volverse penumbra.

Se sentó junto al viejo en su lugar a orillas del río. Removió por él el fuego humeante, y se sintió ensancharse y adelgazar al sol como si hubiera sido partida de la panza a la garganta y colgada de una estaca de sauce en preparación para el invierno entrante. El viejo ya no habló más. Cuando los hombres de la aldea le traían pescado fresco lo ocultaba en lo profundo del pasto donde estaba fresco. Después que él entró, ella abrió el pescado y lo extendió a secarse sobre la rejilla de sauce de la manera en que la vieja lo había hecho. Dentro, él dormitaba y conversaba consigo mismo. Había hablado todo el invierno, despacio e incesantemente, acerca del oso polar gigante asechando al cazador solitario por los hielos del mar del Bearing. Luego de todos esos meses que el viejo había estado contando la historia, el oso estaba a unos cien pies del hombre, pero la niebla se había cerrado a su alrededor y sólo podía oler el hedor acre a amoníaco del oso y oír el crujido de la costra de nieve bajo sus zarpas gigantes.

Una vez escuchó al viejo contar la historia en sueños toda la noche, describiendo cada cristal de hielo y los sonidos levemente diferentes que hacían debajo de cada zarpa: primero la izquierda y luego la derecha, luego las patas traseras. Su abuela estaba de repente allí, una sombra alrededor de la estufa. Ella le habló en su voz baja parecida al viento y la chica tuvo miedo de sentarse para escuchar más claramente. Quizás lo que dijo estuviera dirigido al viejo porque él dejó de contar la historia y comenzó a roncar despacio de la manera que lo hacía tiempo atrás cuando la vieja lo regañaba por contar sus historias cuando otros en la casa estaban tratando de dormir. Pero las últimas palabras que escuchó fueron claras: “Tomará mucho tiempo, pero se debe contar la historia. No debe haber mentiras.” Se acercó las mantas al mentón, despacio, para que sus movimientos no se vieran. Pensó que la abuela hablaba de la historia del oso, por entonces no sabía de la otra historia.

Dejó al viejo resollando y roncando en la cama. Caminó a través del pasto del río brillando de escarcha; el color verde estival brillante ya se había desvanecido. Vio el sol moverse por el cielo, ya bajo en el horizonte, alejándose de la aldea. Se detuvo junto a los postes caídos del refugio estival donde sus padres habían muerto. La escarcha brillaba sobre la arena del río también, en unas pocas semanas habría nieve. La luz previa al amanecer sería del color de una vieja. Un cielo de vieja lleno de nieve. Había habido algo rojo tirado en el piso la mañana en que murieron. Lo buscó de nuevo, empujando a un lado el pasto con la bota. Se arrodilló en la arena y miró bajo la estructura caída en

Literatura Norteamericana

busca de rastros de eso. Cuando lo encontró, supo lo que la vieja nunca le había contado. Se acurrucó cerca de los postes grises y apoyó la espalda contra ellos. El viento la hizo estremecerse.

La lluvia estival había lavado el barro de entre los palos; junto a las paredes de troncos los bloques empapados se apilaban a la altura de su cintura, habían perdido su forma cuadrada y les había crecido manchas suaves de musgo de tundra y pasto de briznas tiesas inclinándose por el peso de las semillas erizadas. Miró al noroeste, en la dirección del Mar de Bearing. El frío bajaría de allí a encontrar tajitos angostos en el barro, huecos de lluvia en la capa exterior de tierra que protegía la casa de troncos. La tundra verde oscuro se extendía a lo lejos, chata y continua. De alguna manera el mar y la tierra se juntaban; por los colores verde oscuro ella sabía que no había límites entre ellos. Así es cómo llegaría el frío: cuando los límites desaparecieran el hielo polar recorrería el terreno hasta el cielo. Miró el horizonte por largo rato. Se quedaría en ese lugar del lado norte de la casa y vigilaría el horizonte noroeste, y eventualmente lo vería venir. Vigilaría su acercamiento en las estrellas y lo oiría llegar con el viento. Estos preparativos no eran familiares, pero gradualmente los reconoció como reconocía las huellas de pies en la nieve.

Vaciaba el orinal del viejo dos veces al día y mantenía el barril lleno de agua de hielo derretido del río. Antes de que se pusiera a contar la historia de nuevo, él ya no la reconoció más, y cuando le hablaba, la llamaba por el nombre de su abuela y le hablaba de gente y eventos de mucho tiempo atrás. El oso gigante se arrastraba sobre su vientre por la nieve nueva, lo suficientemente cerca ahora como para que el hombre pudiera oír el ronquido de su respiración. Interminablemente en una suave voz cantarina, el viejo acarició la historia, repitiendo las palabras una y otra vez con delicados toques.

El cielo tenía el color gris de un huevo de grulla de río; su densidad se curvaba hacia la delgada costra de escarcha que ya cubría la tierra. Miró el color rojo brillante de la lata contra el suelo y el cielo y les dijo a los hombres de la aldea que les trajeran pedazos para el viejo y para ella. Para perforar los pozos de prueba en la tundra, los *gussucks* habían usado cientos de barriles de combustible. La gente de la aldea partía los barriles abandonados a orillas del río, y machacaba la lata roja en planchas chatas. La gente de la aldea usaba las tiras de lata para reparar las paredes y los techos para el invierno. Pero ella las había clavado a las paredes de troncos por el color. Cuando terminó, se alejó con el martillo en la mano, sin darse vuelta hasta que estuvo lejos, en la cresta encima de la ribera del río, y luego miró atrás. Sintió un escalofrío cuando vio cómo el cielo y la tierra perdían ya sus límites, confundándose entre sí. Pero la lata roja penetraba el denso color blanco de la tierra y el cielo; definía el límite, como una herida revelaba las costillas y el corazón de un gran caribú a punto de escaparse y perderse por siempre para el cazador. Esa noche el viento aulló y cuando ella escarbó un agujero a través de la gruesa escarcha del lado interno de la ventana, no pudo ver nada más que el blanco impenetrable; si estaba soplando nieve o la nieve se había acumulado tan alto como la casa, no lo sabía.

Había descendido de repente y se paró de espaldas al viento mirando al río, con sus aguas humeantes coaguladas de hielo. El viento había soplado nieve encima del río congelado, ocultando las delgadas vetas azules por donde corría el agua bajo el hielo traslúcido y frágil como la memoria. Sin embargo, podía ver las sombras del límite, los bosquejos de senderos que eran delgadas ramas de solidez saliendo hacia tierra. Pasó días caminando sobre el río, observando los colores del hielo que la sostendrían con seguridad, pateando con el talón de la bota las costras de nieve, buscando con los oídos sonidos sólidos. Cuando pudo sentir los senderos a través de la planta de los pies, se fue al medio del río donde el agua gris y rápida se agitaba debajo de un delgado panel de hielo. Miró hacia atrás. Sobre la rivera a la distancia pudo ver la lata roja clavada a la casa de troncos, algo no tragado por la pesada panza blanca del cielo o atrapado en los pliegues de la tierra congelada. Había llegado el momento.

Literatura Norteamericana

La piel de lobo alrededor de la capucha de su parka estaba blanca por la escarcha que producía su aliento. La calidez interior del almacén la derretió, y sintió diminutas gotitas de agua sobre el rostro. El almacenero salió de la sala de atrás. Ella se abrió la parka y se paró junto a la estufa de aceite. No lo miró, pero en vez miró al perro amarillento, cubierto de matas de pelo apelmazado, durmiendo delante de la estufa. Pensó en la foto del *gussuck*, pegada a la pared encima de la cama y se rio en voz alta. El sonido de su risa era penetrante; el perro amarillo se puso de pie de un salto y se le erizó el pelo de la espalda. El almacenero la estaba mirando. Quiso reírse de nuevo porque él no sabía lo del hielo. No sabía que estaba merodeando la tierra o que ya había empujado su camino hacia el cielo para aferrar al sol. Se sentó en una silla junto a la estufa y sacudió su largo pelo suelto. Era como un perro atado todo el invierno, mirando mientras los otros son alimentados. Él recordó que ella había estado con los perforadores de petróleo, y sus ojos azules se arrastraron como moscas por el cuerpo de ella. Puso los labios como si quisiera escupirla. Él odiaba la gente porque tenían algo de valor, dijo el viejo, algo que los *gussucks* nunca pudieron tener. Pensaron que podían tenerlo, chuparlo de la tierra o cortarlo de las montañas, pero eran tontos.

Había una mata de pelo de perro en el piso junto a sus pies. Pensó en el aislamiento amarillo saliéndose del relleno; la defensa de ellos contra el congelamiento haciéndose pedazos a medida que avanzaba sobre ellos. El hielo se acurrucaba en el horizonte noroeste como el oso del viejo. Se rio en voz alta. El sol estaría bajo ahora; había llegado el momento.

La primera vez que él le habló, ella no oyó lo que le dijo, entonces no contestó o siquiera lo miró. Él le habló de nuevo pero sus palabras eran sólo ruidos saliendo de su boca pálida, temblando ahora que se le comenzaba a desatar la ira. La tironeó de un brazo y la silla se volcó detrás de ella. Le temblaban los brazos y ella sintió sus manos tensarse, tirando más fuerte de los bordes de la parka. Levantó un puño para pegarle a ella, su cuerpo delgado agitándose de ira; pero el puño se derrumbó ante el deseo que tenía por las cosas valiosas, que, como el viejo había dicho apropiadamente, eran la única razón por la que habían venido. Pudo escucharle el corazón latir mientras la tenía cerca y arqueaba su cadera contra ella, gruñendo y respirando con espasmos. Ella se deshizo en un giro y se escabulló por debajo de sus brazos.

Corrió con el mitón sobre la boca, respirando a través de la piel para proteger sus pulmones del aire helado. Podía oír que él corría detrás de ella, con la respiración pesada, el ocasional ruido del metal tintineando con el metal. Pero él corría sin parka ni mitones, respirando el aire helado; su fuego le exprimió los pulmones contra las costillas y fue suficiente para que no pudiera alcanzarla cerca del almacén. En la ribera del río se dio cuenta de cuán lejos estaba de la estufa y los trozos de relleno amarillo que apartaban el frío. Pero la chica no podía correr muy rápido a través de las estribaciones al borde del río. La penumbra estaba luminosa y él todavía podía ver claramente a la distancia; supo que la alcanzaría, por eso siguió corriendo.

Cuando ella se acercó al medio del río miró sobre su hombro. Él no iba detrás de ella; iba derecho a través del hielo, siguiendo la distancia más corta para alcanzarla. Estaba cerca entonces; su rostro torcido y escarlata por el esfuerzo y el frío. Había satisfacción en sus ojos; estaba seguro de que podría superar su carrera.

Ella conocía el río, al punto del instante cuando el hielo se combaba en fracturas del grosor de un cabello, y los sonidos de rotura de las astillas ganaban envión con la apertura del hielo hasta que se liberaba el agua gris y rápida. Se detuvo y se volvió al sonido del río y el repiquetear de fragmentos de hielo en remolino en el lugar donde él se hundió. Se sacó un mitón y subió el cierre de su parka hasta la garganta. Entonces tomó conciencia de su propia respiración rápida.

Se movió despacio, pateando el hielo por delante con el talón de la bota, tanteando los tendones de hielo que la sostuvieran. Miró delante y todo a su alrededor; en la penumbra, el denso cielo blanco se había fundido con la tundra llana cubierta de nieve. En la frenética corrida había perdido su posición en el río. Se quedó quieta. La orilla este del río se había perdido en el cielo; a los

límites se los había tragado el blanco helado. Pero entonces, a la distancia, vio algo rojo y de repente fue como ella lo había recordado todos esos años.

Se sentó en su cama y mientras esperaba, escuchó al viejo. El cazador había encontrado un pequeño montículo irregular en el hielo. Bajó la capucha de piel de castor; la piel interna humeaba con el calor y el sudor de su cuerpo. La dejó dada vuelta sobre el hielo para asechar al oso y esperó viento abajo encima del montículo de hielo; llevaba un cuchillo de jade.

Ella pensó que podría ver el final de la historia por la manera en que él resollaba las palabras; pero él aún se servía de su provisión de pescado seco y le chorreaba el agua al tomarla con la taza de lata. Toda la noche lo escuchó describir cada bocanada de aire que el hombre tomaba, cada movimiento de la cabeza del oso como si tratara de atrapar el sonido de la respiración del hombre y probara el viento en busca de su olor.

El agente estatal le hizo preguntas, y la mujer que limpiaba la casa del cura las traducía al yupik. Querían saber qué le había pasado al almacenero, el *gussuck* que habían visto correr tras ella por el camino hacia el río tarde la noche anterior. No había vuelto y el jefe *gussuck* en Anchorage estaba preocupado por él. Ella no contestó por largo tiempo porque el viejo de repente se sentó en la cama y comenzó a hablar agitadamente, mirándolos a todos—el agente con sus anteojos oscuros y la mucama en su parka de cordero. Se la pasaba diciendo: “¡La historia! ¡La historia! ¡Eh-ya! ¡El gran oso! ¡El cazador!”

Le preguntaron de nuevo qué le había ocurrido al hombre del almacén *Northern Commercial*. “Él les mintió. Les dijo que era seguro tomarlo. Pero yo no voy a mentir.” Se levantó y se puso la parka gris de piel de lobo. “Yo lo maté”, dijo, “pero no miento.”

El abogado volvió de nuevo, y el carcelero abrió las puertas de acero y abrió la celda para dejarlo entrar. Le hizo señas al carcelero de que se quedara para oficiar de traductor. Ella se rio cuando vio que el carcelero se vería forzado por este *gussuck* a hablarle en yupik. Le cayó bien este abogado *gussuck* por eso, y por el pelo que se le adelgazaba en la cabeza. Era muy alto, y a ella le gustaba pensar acerca de la exposición de su cabeza al congelamiento; se preguntó si sentiría descender el hielo desde el cielo antes que los otros. Él quería saber por qué le había dicho al agente estatal que había matado al almacenero. Algunos aldeanos habían visto lo ocurrido, dijo, y fue un accidente. “Eso es todo lo que tienes que decirle al juez: fue un accidente.” Se la pasó repitiéndoselo una y otra vez, lentamente en voz fuerte pero gentil: “Fue un accidente. Corría detrás de ti y se hundió en el hielo. Eso es todo lo que tienes que decir en la corte. Eso es todo. Y te dejarán ir a casa. A tu aldea.” El carcelero tradujo las palabras hoscamente, con los ojos fijos en el piso. Ella negó con la cabeza. “No voy a cambiar la historia, ni siquiera para escapar de este lugar e ir a casa. Tuve la intención de que muriera. Hay que contar la historia tal cual ocurrió.” El abogado exhaló con fuerza; sus ojos parecían cansados. “Dígale que no podría haberlo matado de esa manera. Era un blanco. Corrió detrás de ella sin parka ni mitones. Ella no podría haberlo planeado así.” Hizo una pausa y se volvió hacia la puerta de la celda. “Dígale que haré todo lo que pueda por ella. Le voy a explicar al juez que su mente está confundida.” Ella rio en voz alta cuando el carcelero tradujo lo que el abogado había dicho. Los *gussucks* no entendían la historia; no podían ver la manera en que se la debía contar, año tras año como el viejo lo había hecho, sin errores ni silencios.

Miró por la ventana al cielo blanco congelado. El sol finalmente se había soltado del hielo, pero se movía como un caribú herido corriendo con la fuerza que sólo encuentran los animales

Literatura Norteamericana

moribundos, saltando y corriendo con los pulmones destrozados por las balas. Su luz era débil y pálida; empujaba vagamente a través de las nubes. Se volvió y enfrentó al abogado *gussuck*.

“Empezó hace mucho tiempo”, entonó con firmeza, “en el verano. Temprano a la mañana, recuerdo, algo rojo en el pasto alto del río...”

Al día siguiente de que muriera el viejo, llegaron los hombres de la aldea. Ella estaba sentada al borde de la cama, frente a la mujer que el agente había contratado para que la vigilara. Entraron despacio a la habitación y la escucharon. Al pie de su cama dejaron salmón rey que había sido abierto y secado el verano anterior. Pero ella no hizo ninguna pausa ni dudó; siguió con su historia, y nunca se detuvo, ni siquiera cuando la mujer se levantó para cerrar la puerta detrás de los hombres de la aldea.

El viejo no había cambiado la historia incluso cuando supo que se acercaba el fin. Las mentiras no podrían detener lo que se venía. Se retorció en la cama, tirando de las mantas sueltas, golpeando contra el piso atados de pescado seco y carne. El cazador había estado en el hielo demasiadas horas. Los vientos helados sobre el montículo de hielo le habían entumecido las manos en los mitones y el frío lo había dejado exhausto. Sintió un simple temblor muscular en la mano y no pudo detenerlo, se le cayó el cuchillo de jade; se hizo añicos en el hielo, y el oso azul glaciario se dio vuelta lentamente para enfrentarlo.